

863
S

PT6411
T88



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. U.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LA TUMBA DE HIERRO

PRÓLOGO

LA escuela del pueblo acaba de cerrarse.

María, la niña rubia, vuelve á su casa con la pizarra bajo el brazo: su vecino Juan, moreno, con cabellos negros y rizados camina al lado suyo.

De vez en cuando se detienen para cojer las margaritas que crecen entre la yerba, las *no me olvides* azules y las rojas amapoladas.

Al llegar al cementerio los dos niños se detienen y se sientan en el banco de piedra que hay al lado de la puerta.

Juanito se pone á trenzar una corona con las flores que han cogido: á la niña le parece que este trabajo dura demasiado tiempo y demuestra su impaciencia por poseer la corona.

Pero Juanito trabaja con una atencion seria: arregla y mezcla las flores, busca la armonía de los colores, y de vez en cuando ensaya el efecto de su obra colocando la corona sobre la frente de su gentil compañera.

¿Un sentimiento de amistad ó de amor ha hecho ya del niño un artista precoz?

Detrás de estos inocentes amigos se extiende el campo del reposo eterno con su silencio que nada turba, sus tumbas ornadas de verdura y de flores y sus cruces de madera negra.

La humilde y pequeña iglesia se eleva por encima del campo de los muertos: su antigua torre, pesada y maciza en la base, se parece á un anciano llorando sobre sus muertos hijos: pero bien pronto sus formas se hacen mas esbeltas, se lanza hácia el cielo como una aguja y muestra la estrella de oro de la esperanza brillando por encima de las generaciones que duermen en el seno de la tierra.

El sol derrama su alegre luz sobre el cementerio: las flores se mecen sobre las tumbas al blando soplo del viento del medio dia: los pájaros cantan en las ramas de los tilos que dan sombra al césped bendito: las mariposas de mil colores revolotean al rededor de las pequeñas cruces de madera: pero nada turba el silencio solemne y la religiosa quietud del jardin de los muertos.

Juan acaba su obra: sobre la frente de María luce la corona de flores rojas y azules que ha tejido para ella.

Ambos entran en el sendero que serpentea en el fondo del cementerio.

Juan vé una margarita blanca brillando como una estrella de plata sobre una tumba: corre hácia ella, arranca la flor de su tallo y la coloca en la corona sobre la frente de su amiga.

Es la joya mas preciosa en la diadema de una reina de la cual el reino naciente es la vida, el cetro es la belleza, y los tesoros son el candor y la fé.

María camina llena de gozo: sus ojos azules brillan con orgullo infantil, y mezclan su dulce resplandor al de las flores que adornan su frente.

De repente se detiene y mira sonriendo una pequeña cruz adornada con una guirnalda, cuya frescura indica que aquella tumba hace poco que se ha cerrado.

—La corona que tú llevas es mucho mas bella que esa, dijo Juanito.

—Aquí está enterrada la pobre Lotto, la hija del carretero! repuso María pensativa.

—¡Desgraciada Lotto! exclamó Juan: ya no podrá venir á la escuela con nosotros!

—Pero está en el cielo ¿es verdad?

—Sí, está en el cielo la pobrecita niña.

—¿Por qué te da pena el pensar que Lotto está en el cielo? preguntó María asombrada; dicen que se está allí tan bien! que se puede pasear todo el dia con los ángeles, y que llenan los delantales de las niñas de dulces y juguetes! segun se vé, todos los dias son allí domingos, y se juega y se canta sin cesar! y cuando se cansa de jugar el buen Dios toma á los niños buenos sobre sus rodillas y los duerme despues de besarlos en la frente!

—Sí, sí, debe ser muy bueno ir al cielo, suspiró Juan absorto en sus pensamientos.

—Yo ví á Lotto cuando era ya un ángel y dormia con profundo sueño antes de ir al cielo, continuó María: ah! qué bella estaba! tenia puesto un vestido blanco, y su cara y sus manos estaban mas blancas que su vestido! llevaba sobre sus cabellos una corona de flores de oro y plata con estrellitas como la del niño Jesus de la iglesia (1) y Lotto sonreia tan dulcemente en medio de su sueño, que parecia ver ya el cielo: yo no ví sus alas; pero su madre me dijo que las tenia plegadas en la espalda, á fin de que reposasen para el largo viaje: porque el cielo está muy léjos, muy léjos de aquí, Juan!

—Ven, María, dijo el niño alejando á su compañera de

(1) En algunas poblaciones de la Bélgica hay la costumbre de adornar con una corona de flores artificiales la frente de los niños muertos.

la tumba, yo no quisiera morir como Lotto, porque ya no podría jugar contigo.

—Pero si pudiéramos ir al cielo juntos, eso sería mejor; ¿verdad?

—No, no; no hables de eso, dijo Juan con tristeza; me da pena. . . ¡ah María! ¿no estás contenta en la tierra?

Hablando así pasaron al otro lado de la iglesia: allí se veía una tumba, cerrada por una verja de hierro, para protegerla de las pisadas de los paseantes: la verja tenía una puerta con cerradura y en la parte exterior se veía un banco de encina del cual la superficie brillaba en fuerza del uso.

Sobre la tumba no había ningún nombre: pero el suelo estaba cubierto de flores deliciosas: era visible que una mano piadosa las cuidaba, porque en tanto que en el resto del cementerio, el césped se hallaba marchito por el calor del estío, las flores de la tumba mostraban una frescura y una vitalidad sorprendentes.

—Mira, exclama la niña: nuevas flores sobre la tumba de hierro! flores que han brotado de la tierra y se han abierto en una sola noche! es extraño, ¿verdad, Juan? flores como éstas, no se ven en ninguna parte, ni en los prados, ni en los campos, ni en los bosques!

—¡Inocente María! es el solitario quien las planta.

—¿Y qué significa ese banco tan usado? ¿es la dama blanca, que se viene á sentar en él todas las noches, cerca de la tumba de hierro hasta que los gallos cantan?

—No: es el viejo ermitaño que pasa las noches rezando; él es el que se sienta en ese banco.

—Mas ¿quién puede estar enterrado ahí, Juan? mi madre no lo sabe.

—Yo le he hecho á mi padre la misma pregunta: es una medrosa historia, que yo no he podido comprender. . . . parece que el ermitaño se casó con una mujer que estaba ya muerta.

—Mira, Juan, ¡qué bella flor! interrumpió la niña, lle-

na de admiracion; tiene las hojas amarillas como el oro, y el cáliz rojo como la grana!

El muchacho miró en derredor de sí con desconfianza, y dijo:

—De buena gana cojería esta flor para engalanar tu corona, María; pero tengo miedo de que el ermitaño me vea.

—No, no: no la cojas; la dama blanca lo sabría, dijo la niña asustada.

Pero Juan se inclinó por encima de la verja de hierro, y extendió el brazo para asir la hermosa flor.

—¡Huye! ¡huye! ahí está el solitario, gritó María con voz ahogada de terror.

Y los dos niños, pálidos de espanto, ante la terrible aparicion, huyeron del cementerio.

FIN DEL PRÓLOGO.